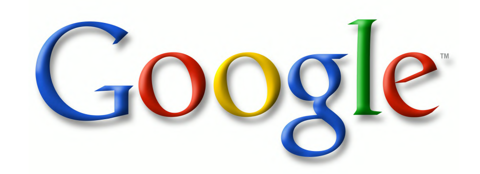
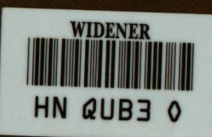






EDICIÓN ECONÓMICA

EN LA BRECHA

POESÍAS

DE

ENRIQUE SEGOVIA ROCABERTI

con prólogo

DE ESPRONCEDA

Y UN EPÍLOGO

DE DON JOSÉ ECHEGARAY

SEGUNDA EDICIÓN



TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado
1884



EN LA BRECHA

EN LA BRECHA

POESÍAS

DE

ENRIQUE SEGOVIA ROCABERTI

con un prólogo

DE ESPRONCEDA

Y UN EPÍLOGO

DE DON JOSÉ ECHEGARAY

SEGUNDA EDICIÓN

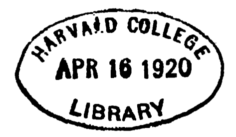
MADRID

F. BUENO Y COMPAÑÍA

EDITORES

5 — Plaza de Bilbao — 5

1884



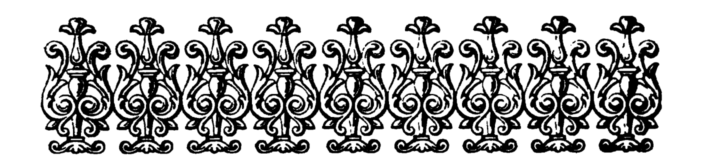
MADRID, 1884.—Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa.
Libertad, 16 duplicado.

PRÓLOGO

Allá van versos donde va mi gusto.

Espronceda.





LA TIERRA DE PROMISIÓN

CUMPLIDAS las centurias de innoble servidumbre,
de Egipto salen libres los hijos de Israel;
columna misteriosa de inextinguible lumbre
les guía en las tinieblas al alejarse de él.

Desde el primer instante de la feliz partida
Moisés es su caudillo por ley providencial,
el que ha de ver cercana la tierra prometida
sin imprimir en ella ni la menor señal.

En las primeras marchas del largo itinerario
aclaman los hebreos al ínclito varón,
al hombre portentoso y al sér extraordinario
que sacudiera el yugo del regio Faraón.

¡Qué júbilo tan grande mientras en rumbo cierto

camina sin azares la hueste de Moisés!
¡Qué dicha, sin las tristes jornadas del desierto
y sin las rudas pruebas que han de venir después!

Entonces ¡ay! los días de amargas decepciones,
las luchas con la ciega, rebelde multitud,
que llama á los obstáculos perfidias ó traiciones,
á veces prefiriendo la misma esclavitud.

Ni inspiración sublime, ni rasgos de energía,
la fe que hace milagros al pueblo volverán,
y aquella turbulenta, voluble judería
hasta creerá ilusoria la tierra de Canaam.

¡Eterno simbolismo! La eterna grey humana,
en pos de otro horizonte, del ideal en pos,
camina en incesante, perpetua caravana
desde que el hombre es hombre, desde que Dios es
[Dios.

Moisés, el gran profeta, le marcará el camino;
Colón ¿qué importa el nombre? su rumbo marcará;
cambiando de piloto, mas nunca de destino,
la inmensa caravana sin detenerse va.

Sin elegirle nadie, jamás le falta guía;
obedeciendo á oculta y extraña evocación,
de entre la turba surge, le impone su valía,
y obtiene en el instante la popular sanción.

Cualquiera de sus hechos se tiene por prodigio,
en torno de él se agrupa la muchedumbre fiel,
le envuelve en el misterio, le colma de prestigio,
le diviniza y parte cuando lo manda él.

Mas luego, de las pruebas en las infaustas horas,
las dudas, quebrantando la fibra popular,
en mallas invisibles enrédanle traidoras
cuando es indispensable seguirle y avanzar.

¡Mas todo, todo inútil! Abriéndose camino,
las dudas confundiendo y ahogando la traición,
etapa por etapa, destino por destino,
los va cumpliendo todos en áspera misión.

¡Espíritu gigante que incógnito palpitas
enmedio de las sombras, encarnación del bien!
Ya es tiempo de que dejes la nada en que te agitas.
La humanidad te espera. ¡Levanta, surge, ven!

Que en el amor que irradias se inflame todo pecho
y oculte la discordia su repugnante faz,
viviendo los humanos la vida del derecho
á la fecunda sombra del árbol de la paz.





ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA



URIÓ el pobre sacristán
de las monjas de Hortaleza,
y al morir dió de cabeza
en el reino de Satán,

parando en tan mal recinto
por infringir desatento
yo no sé qué mandamiento
entre el sétimo y el quinto.

Repuesto de la caída
el inquilino reciente,
examinó diligente
la satánica guarida.

Apenas pasó el dintel
vió con ira en un retablo,
tendido á los pies del diablo
el arcángel San Miguel,

blandiendo espada luciente
el señor de los infiernos

y el santo con unos cuernos
hasta la pared de enfrente.
¡Ah! Desbordándose en ira
ante la rara escultura,
con rabia gritó:—¡Impostura!
¡Mistificación¡ ¡Mentira!
Iba ya como una fiera
sobre el grupo con furor,
cuando un diablo historiador
le advirtió de esta manera:
—Pero, necio, ¿qué motiva
tan extraño frenesí?
Pues, qué ¿no se escribe así
la historia por allá arriba?





REDIMIR ÁL CAUTIVO (1)


N un bazar de Tánger es la escena.
Ingleses y españoles,
curiosos impasibles, la autorizan,
mudos espectadores.

—

En medio del bazar llora una esclava.
Es una virgen nubia
que en plena desnudez allí se ofrece
á la lasciva chusma.

—

El rudo mercader pregona el precio
de la infeliz doncella,

---

(1) El asunto de esta poesía no es enteramente original; el autor se ha inspirado en una noticia de *Al Magkreb al-Aksa*, periódico de Tánger.

y una *miss*, encantada del asunto,
esboza una acuarela.

—

—¡Cara es, cara es!—dice un judío.—
¡Si fuese más barata!...—
y un morazo del Sun, Hércules negro,
también masculla:—¡Es cara!

—

Baja el dueño un zequí; calcula el moro,
y cuenta su dinero.
El deicida á su vez apresta el suyo,
y se adelanta al negro.

—

La desdichada nubia se estremece,
que entrambos la repugnan.
La *miss* lanzó un suspiro... ¡La modelo
cambia de postura!

—

Mas rápida aparece y atraviesa
las filas de curiosos,
una mora febril, caído el manto
sobre los recios hombros.

—

¡Qué hermosura, gran Dios! De aspecto pobre,
á falta de otras joyas,
la embellecen el rostro, de su llanto
las diamantinas gotas.

—

Con resuelto ademán se impone al moro
y al vil israelita,
y yendo al mercader, trémula exclama:
—Tomad el precio. ¡Es mía!

—

De rodillas la nubia, en su salvaje
idioma la bendice.
La mora, levantándola del suelo,
añade con voz firme:

—

—¡Eres libre, infeliz! Nada me debes
ni he de pedirte nada;
lo que yo hice por ti, lo hizo conmigo
una conciencia honrada.

—

Esclava como tú, me dió mi dueño
la libertad augusta
y un puñado de oro, el que ese infame
pedía por la tuya.

—

Da su manto á la nubia, en él la envuelve,
así al partir diciendo:
—¡Libres las dos, cual hijas del Profeta,
hermanas viviremos!

—

Ante aquel noble rasgo, conmovido
retírase el concurso,
menos la *miss*, que deploró llevarse
incompleto el dibujo.

—

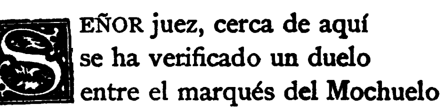
Y un misionero, recordando un drama
que vió en sus mocedades,
al salir del bazar iba diciendo:
—¡Lástima que esta mora no se salve!





IGUALDAD ANTE LA LÈY

I.


SEÑOR juez, cerca de aquí
se ha verificado un duelo
entre el marqués del Mochuelo
y el vizconde del Neblí.
Murió el segundo á los pies
de su rival... ¿Qué responde?
—¿Qué?... Que entierren al vizconde
y vaya en paz el marqués.

II.

—Señor juez, un artesano,
frente á frente y con valor,
al que le robó el honor
dió la muerte por su mano.

Que fué con justo motivo
tiene la gente por cierto.
—Pronto, ¡á levantar el muerto
y á la cárcel con el vivo!





EL EXORCISMO

I.

UÉ triste se halla María,
el encanto de su valle,
allá en las estribaciones
de la Alpujarra salvaje!
Marchitos están sus labios,
amarillento el semblante,
los ojos, de la vigilia
con las cárdenas señales,
y de la tez ya perdido
aquel nacarado esmalte
que es revelación preciosa
de secretos virginales,
de pudores no vencidos
y de santas castidades.
Horrendas cosas se dicen
de María de los Ángeles

entre los rudos vecinos
de su aldea miserable.
El cura ha tomado cartas
en un asunto tan grave,
y echando en él todo el peso
de su estado y su carácter,
falló con lujo de citas
de no sé qué santos padres,
que todo es obra del diablo,
el enemigo implacable,
que en el cuerpo de la hermosa
por viejas y malas artes
se introdujo sin sentirlo
ni la pecadora carne.
Circuló el fallo tremendo
por los ámbitos del valle,
la gente huyó de María,
supersticiosa y cobarde,
y ella, cada vez más triste
y más ajado el semblante,
iba marchando al sepulcro
sin el apoyo de nadie.

II.

Vestido va el señor cura
con ropas sacerdotales,

siguiéndole del contorno
los rústicos habitantes.
Va á exorcizar á María,
la endemoniada del valle,
que desde el lecho de muerte
puebla de gritos el aire.
Un exorcismo no es cosa
de cada lunes y martes
y allí van viejos y niños,
allá van chicos y grandes.
De la choza de María
detiénense en los umbrales,
rezando el cura entre dientes
lo que era propio del lance,
y en seguida, hisopo en mano,
entró resuelto delante
de una turba de curiosos,
mujeres la mayor parte.
¡Qué irreductible está el diablo
y qué tenaz, Virgen Madre!
Conjuros, imprecaciones,
todo en vano, todo en balde,
de lo que claro se infiere
que se halle á gusto el infame
en la prisión de aquel cuerpo
de formas esculturales.
Lo dicho, ni á tres tirones
le sacan de aquella cárcel,

por mucho que extreme el cura
los conjuros y ademanes.
Sudoroso el exorcista,
la multitud anhelante,
á algunos pasos del lecho
ven á la enferma agitarse
en convulsiones horribles
y con espasmos mortales.
¡Pobre María! Su crencha
del color del azabache,
velando su noble rostro
en recias ondas se esparce,
y se le escapa la vida,
pero el demonio no sale.

III.

—Turba de imbéciles ¡fuera!—
grita un joven arrogante
que de todos se distingue
por su porte y por su traje.
Entre el general asombro
rápido pulsa á la martir,
que moribunda le mira
con expresión inefable
y con acento apagado
le dice muriendo:—¡Es tarde!—

Por última vez se agita,
lanza un grito penetrante
y murmurando perdones
queda la infeliz exánime,
dando, á costa de la suya,
vida á otro sér. ¡Era madre!
Tomando el médico al niño,
le mostró á los circunstantes,
y dirigiéndose al clérigo,
en actitud más que grave,
¿buscáis al diablo?—le dijo.—
Pues, mirad bien. ¡Es un ángel!





TERCETO

EL TENOR.

SOY el tenor, el Rey del escenario,
el héroe del día.
Cuando yo me constipo, á mi empresario
le da una pulmonía.

—

Anida un ruiseñor en mi garganta,
según los revisteros;
pero es un ruiseñor que sólo canta
á fuerza de dineros.

—

Yo vivo entre continuas ovaciones.
Los más sesudos reyes,
por oirme cantar en sus salones
pisarían las leyes.

—

Los nombres de ilustrísimas princesas
figuran en mi historia,
colmándome de oro las empresas,
los públicos de gloria.

EL TORERO.

Yo soy el matador, el rey del coso,
el diestro de más brío;
el nombre más preclaro y más glorioso
envidia el *alias* mío.

—

Yo llevo un capital de pedrería
prendido en la pechera,
que luzco con extraña gallardía
parado en la Carrera.

—

Mi lujoso capote de paseo
bordado de oro y grana,
á los pies de la Virgen, en trofeo,
deslumbrará mañana.

—

Yo eclipso á la eminencia más gigante,
sabio, artista ó tribuno.
Si le hay más popular, que se levante.
¡No se alzará ninguno!

EL OTRO.

¡Oh laringe feliz! ¡Oh brazo fuerte!
En existencia impía,
por igual envidiando vuestra suerte,
reniego de la mía.

—

¡Sér infeliz! En sacrificio eterno
gasto mi vida noble.
Soy mártir de la infancia y del Gobierno...
¡Ay! por partida doble.

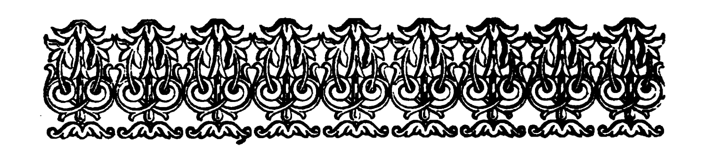
—

Lidiar un día y otro es mi destino
con torpes criaturas;
sus oscuros cerebros ilumino...
¡pero me acuesto á oscuras!

—

Mas, lo merezco ¡oh, sí! ¿Qué duda cabe?
Si el mundo me flagela,
¿quién le mete á enseñar al que no sabe
al maestro de escuela?





MI PANOPLIA

E igual temple las dos, de igual medida,
puestas en cruz, en mi panoplia guardo
la espada de la ley esclarecida
y la célebre espada de Bernardo.

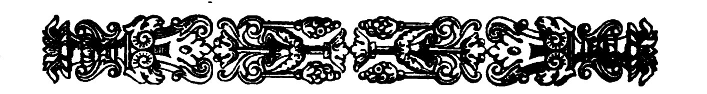




PREGUNTA SUELTA

ORTUNA, ¿siempre estarás
encontrada con los buenos?
¿Por qué han de deberte menos
los que te merecen más?





LA DIMISIÓN

I.

EGÚN la crónica cuenta,
sucedió este lance extraño
allá, lector, por el año
mil ochocientos setenta.
Sobre la orilla alemana
del ancho Rhín, cuyos peces
se tiñeron muchas veces
de color de sangre humana,
mojándose en él los pies
se eleva una pobre villa,
y á su frente, en la otra orilla,
un lugarejo francés.
Tranquilos, sin mutuo agravio
ni resentimiento odioso,
nada altera su reposo
tan amable como sabio,
y cruzan los de los dos

de una banda á la otra banda,
viviendo, como Dios manda,
en paz y en gracia de Dios.
En uno y otro lugar
de tan sano y recto juicio
apenas hay edificio
que no tenga palomar,
y por campos y dehesas
parten el sustento hermanas
las palomas alemanas
y las palomas francesas,
que sin distinguir naciones
vuelan de aquí para allí,
y hasta se aman entre sí
como se aman los pichones.

II.

¿Por qué de pronto el cañón
trueca el edén en un yermo?
Porque hay en Prusia un Guillermo
y en Francia un Napoleón.
Ya se tratan cual rivales
los ayer buenos vecinos,
y se cazan asesinos
entre los cañaverales.

Rotos los antiguos lazos,
rotas las divinas leyes,
por capricho de sus reyes
se saludan á balazos,
siendo el matarse su afán
mientras dura la función
hasta que baja el telón
tras la escena de Sedán.
¡Oh fraternidad humana!
¡Para el necio que en tí crea,
que eres sólo vana idea,
ó bien una frase vana!
En cuanto suena el clarín
el blando se hace cruel
y el que pasó por Abel
se porta como Caín.

III.

El irracional, más pío,
jamás ha blandido el hierro
por la posesión de un cerro,
de un brazo de mar ó un río,
y con leyes más suaves
se confunden sin fronteras
los reptiles cual las fieras,

y los peces cual las aves.
Mirad si no á las palomas
de una orilla y de otra orilla
volar juntas, sin rencilla,
de unas lomas á otras lomas,
y sin odios nacionales
partiendo el campo y sus frutos,
mientras luchan como brutos
los altivos racionales.
Aunque lejos, á la vista
de aquel tenaz duelo humano,
un palomo volteriano
y un palomino krausista,
de todo el bando animal
llevando la voz y el nombre,
le dirigieron al hombre
el siguiente memorial:

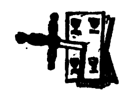
IV.

«Memorial ó exposición
»que dirigen juntamente
»los brutos del continente
»al rey de la creación:
»Preclaro sér de razón
»que tan mal de ella te vales;

»que con instintos brutales
»corres feroz á la lucha...
»¡no seas animal, y escucha
»la voz de los animales!

—

»Pues de nada te ha servido
»la llamarada divina
»que á intervalos ilumina
»tu cerebro enardecido,
»cambiemos nombre, vestido,
»vida y posición social;
»haz, pues, de sér racional
»voluntaria abdicación.
»¡Presenta la dimisión
»y declárate animal!»



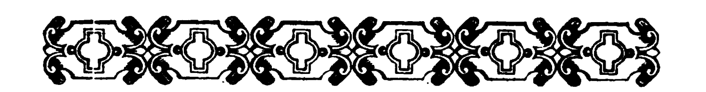


LAS DOS LOTERÍAS

N rey con cien millones de vasallos,
sintiéndose morir,
realizó la experiencia más extraña
que de reyes y césares oí.
«Antes de un mes—decía en un decreto—
bajaré al panteón,
y pues muero sin hijos, que la suerte
por azar me designe el sucesor.»
El monarca pensó: La noche antes
ninguno dormirá,
en la vaga esperanza todos ellos
de ceñir á la sien corona real.
Pero el rey se engañó, siendo él el solo
que no pudo dormir,
pues cada cual se dijo:—¡Siendo tantos,
es imposible que me toque á mí!
Dió luego otro decreto en que exigía
decapitar cruel

á aquel á quien la suerte designara
de entre todos sus súbditos también.
Entonces sí acertó; la noche antes
del sorteo fatal,
en vigilia angustiosa, ni uno sólo
dejó de discurrir:—¿Me tocará?
Y es que el hombre, sabiendo que los males
son ciertos, y el bien no,
al anuncio de un bien, se encoge de hombros,
y de un mal, se le encoge el corazón.





LO MEJOR DE LA VIRGEN



Lo mejor de la Virgen, hija mía,
dice el padre vicario á Rosalía,
no es su santa bondad, no es su belleza;
lo mejor de María,
sin género de duda, es la pureza.—
Rosalía, que unida al hombre amado
siente el primer latido
del fruto de su amor santificado,
le contesta con rostro enrojecido:
—Perdonad, señor cura, si os enoja
mi opinión en tal punto, que vos, padre,
tomaréis como extraña paradoja:
¡Lo mejor de la Virgen es ser... madre!





DOS MISIONES


o me acuerdo del nombre de la villa
lugar de la ocurrencia,
ni si fué de León ó de Castilla,
de Asturias ó Valencia.

—

Sólo sé que se asienta entre montañas,
de moles colosales,
en medio de una sierra con entrañas
de ricos minerales.

—

A la vez que unos doctos ingenieros,
llegaron á sus muros
unos lúgubres padres misioneros
con hábitos oscuros.

—

Al entrar los austeros capuchinos,
hubo reñida lucha
por llevarse á su casa los vecinos
á alguno de capucha.

—

¡Qué contraste! Los hijos de la ciencia,
sus egregios rivales,
sólo hallaron glacial indiferencia
de aquellos naturales.

—

Terminado el estudio de la zona,
partieron en seguida;
lo mismo que al entrar, ni una persona
les dió la despedida.

—

Los frailes la emprendieron á sermones.
El fruto vino luego,
levantándose en armas los varones
con fanatismo ciego.

—

¡De la guerra civil ardió la tea!
Los rudos montañeses
vieron poco después arder su aldea,
sus bosques y sus mieses.

Las discordias civiles se apagaron
tras de combates fieros
y con la paz bendita regresaron
los doctos ingenieros.

—

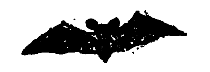
¡Oh, qué asombro el de aquellos campesinos
ayer indiferentes,
al mirarles trazar férreos caminos
y túneles y puentes!

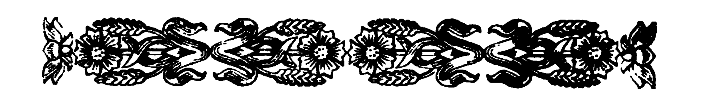
—

La ligera y gentil locomotora
silbó con arrogancia,
y la aldea, antes pobre, vive ahora
feliz en la abundancia.

—

Y hoy, al honrarla doctos ingenieros,
¡qué alegre efervescencia!
y al anuncio de padres misioneros...
glacial indiferencia.





EL ETERNO NIÑO

L pueblo siracusano,
harto de vil opresión,
se levanta en rebelión
contra Dionisio el tirano,
quien, sin dar paz á la mano,
rechaza la rebeldía
con esa furia baldía
y esa cólera impotente
del tirano que presiente
el fin de su tiranía.

—

Imposible resistir
el empuje popular.
El pueblo no ha de cejar
hasta vencer ó morir.
Esclavo pudo vivir,
mas lanzado á la palestra,

tan grande aliento demuestra,
y va á la lid de tal suerte,
que antes cansará á la muerte
que á él se le canse la diestra.

—

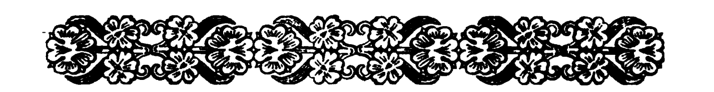
Queda el suelo en sangre tinto,
y del tirano á despecho,
se restablece el derecho
mientras él huye á Corinto.
¡Cómo alegra su recinto
la ciudad siracusana!
De sí misma soberana
celebra sus libertades
y honra á las divinidades
de su religión pagana.

—

De aquella soberanía,
¿qué hizo el buen siracusano?
Nada. ¡Cambiar de tirano
pero no de tiranía!
Libre un día ¡sólo un día!
Tras de la ruda pelea
juntándose en asamblea
el pueblo, en masa confusa,
dió el poder de Siracusa
á otro de la vil ralea.

¡Ceguedad ó fatalismo!
Incontrastable en la liza,
siempre el pueblo esteriliza
los triunfos de su heroísmo.
Nunca dueño de sí mismo,
con escrúpulos añejos,
espantado de ir muy lejos,
su fuerza el coloso abate,
que es tan hombre en el combate
como niño en los consejos.





LA FE

I.

UENA cosa es la fe, buena, muy buena.
Yo no lo he puesto nunca en cuarentena,
ni lò duda Luciano,
que, como buen cristiano,
cree en el infierno, cree en el purgatorio,
y en todo lo demás del repertorio
católico apostólico-romano.

II.

¡Oh Luciano infeliz, oh buen amigo!
Estrellándose ayer contra un postigo,
dió de cara en la punta de un cerrojo
y se halla á pique de perder un ojo.

III.

—Para mi cura con la fe me basta—
el herido sostiene con paciencia,
y el doctor, renegando de su casta,
se ha marchado á otra parte con su ciencia.
El insomne doliente noche y día
reza á Santa Lucía,
y sólo se levanta
para elevar sus preces á la santa,
delante de una imagen de madera
oculta en su hornacina de cristales
por más flores que da la primavera
entre un bosque de cirios colosales.
—¿Y con eso mejora?
—Va de mal en peor hora por hora.

IV.

¡Oh pobre amigo mío, oh buen Luciano,
á quien quiero lo mismo que á un hermano!
Inmensa era tu fe, pero es lo cierto
que te has quedado tuerto
y que el ojo restante no está sano.

Por yo no se qué extraña simpatía,
enferma de repente.
¡Si no es más eficaz Santa Lucía,
ciego serás irremisiblemente!

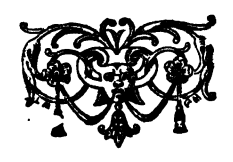
V.

Viendo Luciano ya que no va viendo
ni más ni tan allá de sus narices,
ha pedido un doctor. Salgo corriendo,
encuentro un oculista de renombre
por sus curas felices
y vuelvo con mi hombre
á la estancia en que aquél se desespera,
aunque, en verdad, sin suprimir la cera.

VI.

¡Gracias á Dios! Mi amigo y compañero,
merced al oculista,
por más que le ha quedado un ojo huero,
no ha perdido la vista.
Llevándose la mano
de la órbita vacía al ojo sano,

aunque trataba de ocultar su pena,
decía ayer el infeliz Luciano,
con expresión no exenta de amargura:
—¡Buena cosa es la fe, buena, muy buena!...
¡pero la medicina es más segura!





EL CARNAVAL



N la tierra la locura
y la calma en el espacio,
el sol radiante fulgura
como un inmenso topacio
en azul engastadura.

—

Sereno y puro el ambiente,
precipitándose va
hacia el Prado, locamente,
todo un humano torrente
por la calle de Alcalá.

—

Del conjunto de rumores
surge extraño clamoreo,
y del sol á los fulgores
parece el ancho paseo
una orgía de colores.

¡Qué incesante agitación!
¡qué continuo ir y venir!
¡qué variada confusión!
¡y qué horrible pisotón
acabo de recibir!

—

¡Qué diversidad de trajes!
Persas, romanos y godos,
guerreros, chinos y pajes,
y, clavándonos los codos,
infinidad de salvajes.

—

Aquí está el género humano
desde su edad más remota,
desde el tribuno romano
al moderno ciudadano
que ni concejales vota.

—

Todos revueltos están
y aturden sus ademanes;
voy mirando con afán
y observo que falta Adán,
aunque sobran cien adanes.

—

Mas va el tumulto creciendo,
y para no ver visiones
ni escuchar tan vario estruendo,
vuélvome á mi casa, haciendo
las siguientes reflexiones:

—

¡El Carnaval! Extremada
cuanto inútil necedad;
mucho ruido para nada.
¿Qué es la vida, en realidad,
más que eterna mascarada?

—

¿A qué esa cara fingida,
á qué el pintado cartón,
si no hay un rostro con vida
que no sea fementida
careta del corazón?

—

Casi todos la llevamos,
y nuestra víctima hacemos
al que sin ella miramos:
al nacer nos la ponemos
y al morir nos la quitamos.

—

Recatar así el semblante
es pueril é inútil dolo.
¿A qué ese antifaz delante
del natural, si es bastante
para engañar este sólo?

—

¿Acaso la sociedad
escuda con este engaño
su torpe debilidad
para decir la verdad
siquiera una vez al año?

—

Tal vez este juicio es cierto,
que entre tanta algarabía,
á alguno decir advierto
verdades que no diría
con el rostro descubierto.

—

Llévese, pues, Satanás
toda esa turba indiscreta,
ó convéngase de hoy más
en llevar siempre careta
ó no llevarla jamás.





AGUA FUERTE

ON Juan es senador, grande de España
y título dos veces de Castilla,
de un antiguo solar de la Montaña
y tiene una duquesa por costilla.

—

Como en él no es costumbre, el prócer jura,
despidiendo relámpagos sus ojos.
¿Qué tremenda y horrible desventura
provoca de tal suerte sus enojos?

—

La duquesa se agita entre cogines
con señales de vivo desconsuelo,
desgarrando sus dedos de jazmines
el encaje sutil de su pañuelo.

—

¿Qué reciente dolor, qué nueva impía
el placer en sus almas ha extinguido?
Ved la prensa de hoy: «ORDEN DEL DÍA:
Matrimonio civil.» Basta, entendido.

—

Esa ley criminal es el ultraje
que lloran sus cristianos corazones.
¡Esa ley sin pudor, reto salvaje
á las más venerandas tradiciones!

—

«*¡Á votar, á votar!*»—grita la dama,
que herida en su ferviente cristianismo,
en religiosa indignación se inflama;—
«*¡que escuche yo tu* NO *desde aquí mismo!*»

—

El noble senador, seguro y fuerte,
aunque es de esos que nunca han roto un plato,
exclama varonil: «*¡Antes la muerte
que acceder á ese vil concubinato!*»

—

Con trágica actitud deja la sala,
saludando á la esposa dolorida,
y se marcha al Senado... haciendo escala
en el pequeño hotel de su querida.

—

Mientras él así busca inspiraciones,
la duquesa, cambiando de semblante,
se entrega á las más dulces expansiones
con un joven de lenguas protestante.





EL ESPEJO



UANDO más animado estaba el baile,
y en todo su apogeo,
entré yo en el salón, hallando sitio
enfrente de un espejo.

—

En su tersa y pulida superficie,
como lago sereno,
reflejaba figuras diferentes
que se borraban luego.

—

Una cara tras otra iba copiando
en incesante vértigo,
y al pasar, ningún rasgo, ni un contorno
quedaba en él impreso.

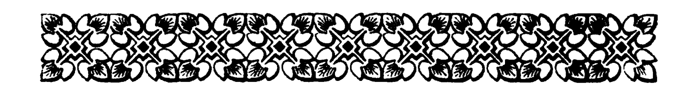
—



66

¡Cuántas almas—me dije—habrá en el baile,
cual ese vidrio terso,
tan frágiles tal vez y aun más infieles
que el insensible espejo!





MORAL Y VERDE

ORAL y Verde, rivales
que nunca se perdonaron,
al mismo tiempo fundaron
dos casas editoriales.

—

Sin ser de esos editores
rapaces como los buitres,
cayó sobre sus pupitres
una nube de escritores.

—

Pero ¡cuán diverso sino!
Verde vive en la opulencia,
y Moral, en la indigencia,
ha muerto en San Bernardino.

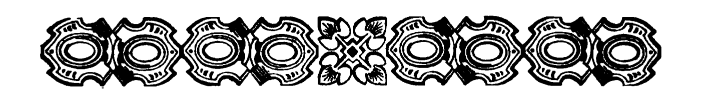
—

La *Biblioteca Moral*
en el olvido se pierde,
y la *Biblioteca Verde*
centuplica el capital.

—

Apenas da Verde abasto
á las ansias del leçtor.
¡Bien se ve que es su color
del que se hace aquí más gasto!





LA MEJOR CORONA

OY la corona condal.
—Y yo soy la de marqués.
—Os venzo, soy la ducal.
—Yo la corona imperial,
que vale por todas tres.

—

Sustentando su grandeza,
lo mismo que unas personas,
se atacaron con fiereza.
Eso tienen las coronas,
se suben á la cabeza.

—

Causaran gran estrupicio
si una estatua de Cervantes
no les atrajera á juicio,

concertando un armisticio
entre las beligerantes.

—

—Las cuatro sois oropel
y relumbrón de teatro,
dijo el bronce de Miguel,
no valiendo todas cuatro
una sola de laurel.





LA PROFECÍA

E aman Lía y Jacob, israelitas
de yo no sé qué aldea;
Lía figura entre las más bonitas
muchachas de Judea.

—

A Egipto él ha de ir, nueva que amarga
de entrambos la ventura;
la ausencia de Jacob será muy larga
y la vuelta insegura.

—

El profeta Eliezer visita al paso
su pobre lugarejo,
y van los dos á consultarle el caso
y á pedirle consejo.

—

—Ve tranquilo, Jacob, y no te pese—
les responde Eliezer;—
libre, Lía, serás cuando él regrese
radiante de placer.

—

Parte Jacob, y al trascurrir un año
vuelve al país, dichoso,
conductor y al par dueño de un rebaño
lucido y numeroso.

—

—Soy tu Jacob, mi bella israelita,
tu idolatrado amante;
vamos juntos á casa del Levita
á unirnos al instante.

—

¿Mas por qué permaneces apartada?
¡Mintió Eliezer, no hay duda!
—¡Libre soy, mi Jacob!—¿No estás casada?
—Ayer me quedé viuda.





EN EL TENDIDO

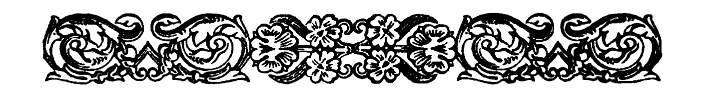
L público llena
la plaza de toros;
los rayos solares
del cálido agosto,
hiriendo de plano
la arena del coso,
la prestan reflejos
de aurífero polvo.
En palcos y gradas
magníficos rostros
de alegres hermosas
que lucen de adorno
la blanca mantilla
de pliegues airosos.
El rey Carlos cuarto
(poned... cualquier otro),
quizá retenido
por graves negocios,

su palco no ocupa,
y el público todo
maldice y reniega
del rey perezoso.
Por fin aparece,
saluda en redondo
y surge en la plaza
un murmullo sordo
que en recios silbidos
estalla furioso.
Corrido el monarca,
oculta en el fondo
de su palco regio
sus reales enojos.
Principia la fiesta,
sale el primer toro
y grandes y chicos,
nobles y manolos,
olvidan la ofensa
y aplacan los odios.
¡Brillante corrida!
Por cuatro ó seis potros
salió cada fiera
y alguna por ocho;
en la enfermería
muriéndose á chorros
un banderillero
de los buenos mozos

y dos picadores
con los brazos rotos.
¡Lástima que acabe
la lidia tan pronto!
Los rayos oblicuos
del ardiente foco
aún doran, en parte,
la arena del coso.
—¡Hay luz, aún hay tiempo!
exclama uno solo.
Su voz no se pierde,
la repiten otros
y en el mismo punto
se levantan todos
y pañuelo al aire
vociferan roncos.
El rey se adelanta
radiante y orondo,
sin ninguna huella
del primer enojo;
saluda y asiente
con visos de gozo.
¡Qué vivas! ¡Qué bravos!
El público loco
le aclama y le obliga
á salir del fondo
de su regio palco
y á mostrar el rostro

más de veinte veces,
y me quedo corto.
Un par de Inglaterra,
ante el alboroto,
pregunta indiscreto
al que está más próximo:
—¿Cuál es esa gracia
que el rey generoso
concede á su pueblo?
¿Por qué de tal modo
los súbditos cambian
en amor el odio?
¿Acaso renuncia
tributo oneroso,
licencia sus tropas,
rodea su trono
de sabios ministros
amados y probos
ó, en fin, á qué reos
indulta piadoso?
—¿Quiere usté callarse,
inglés ó demonio?
—¿Pero qué ha otorgado?
Si no le incomodo.
—Un toro de gracia.
—¡Y eso... por un toro!





LA RESPUESTA DEL DIABLO

A vuelve el cruzado cubierto de heridas;
Enfrente descuella su torre feudal,
Detiene el caballo, recoge las bridas
Y huella dichoso la tierra natal.

¡Qué poco le falta! Se ve el centinela,
Se escuchan los ecos de patria canción...
Recobra la silla, requiere la espuela
Y lanza al galope su raudo bridón.

Ya bajan el puente, rechina el rastrillo,
Veloz le atraviesa su noble corcel...
¡Aquel es su patrio, su viejo castillo!
¡Es él, escuderos! ¡Soldados, es él!

¡Silencio profundo! Ningún escudero

Que tenga el estribo le ayuda á bajar...
Nublándose el rostro del buen caballero,
Sospecha celosa le viene á asaltar.

—Mi fiel castellana, mi sol de Occidente,
Mi hermano querido, guardián de mi honor:
Venid; soy el Conde que vuelve de Oriente
Cargado de glorias, sediento de amor.

El mismo silencio. Ninguno responde,
Ni acude á sus gritos el siervo más vil.
La duda le aguija y lánzase el Conde
De estancia en estancia, siniestro, febril.

De negras traiciones temiendo los lazos
Franquea convulso la alcoba nupcial;
Dos brazos de hierro sujetan sus brazos
y siente los filos de agudo puñal.

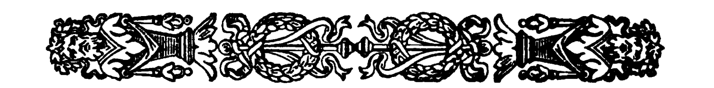
Primero un rugido, después un sollozo...
La lucha imposible y rápido el fin.
Tras esto las sombras de ruin calabozo,
Y en él el cruzado rugiendo:—¡Caín!

¡Terrible destino del buen castellano!
¡Partir al Oriente, por Cristo vencer,
Venderle su esposa, su pérfido hermano,
Y en premio la infamia, la muerte al volver!

A Dios en sus cuitas invoca espirante,
Y Dios no le escucha ni calma su afán;
Después con la fiebre del último instante,
Blasfemo, el cruzado conjura á Satán.

Satán, que le oía, con todo desprecio,
—¡A buen hora—dijo—me llamas á ti!
¿A mí qué me cuentas? Pero, di, gran necio:
¿Qué más te pasara luchando por mí?





SINCERIDAD



DEL cielo en una ventana
á dos hablando se ve;
la castísima Susana
y el castísimo José.

El hebreo adora en ella
la gracia y bondad de Dios,
porque es Susana tan bella
que vale lo menos dos.

No hay que poner en olvido
que en los reinos celestiales
todos se han desposeído
de las formas corporales.

La inocente Susanita
no cesa de preguntar
á José, si era bonita
la esposa de Putifar.

—Fea y además anciana,
ya te lo dije cien veces.

Ahora, dime tú, Susana,
¿qué tales eran tus jueces?
—Los dos, abortos del vicio
cual otros dos no se ven;
la misma cara de Picio,
la edad de Matusalén.
—Pues, acá para *inter nos*,
lo confieso, amiga hermosa;
la castidad de los dos
vale poco.—No es gran cosa.
—Dime, sin alardes vanos
y sin palabras falaces:
si en vez de los dos ancianos,
te sorprendo yo, ¿qué haces?
—En poder de Belcebú,
no viniera á este lugar.
—¡Pues, digo, si es como tú
la mujer de Putifar!



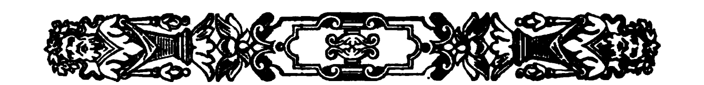


PALABRAS



ORACIO lo dice, digo,
si yo no recuerdo mal;
como las hojas del árbol
se renuevan sin cesar,
así las viejas palabras
cayendo en desuso van
trasmitiendo á otras más nuevas
su valor gramatical.
Ved si no cómo el perjurio,
perdido este nombre ya,
hoy se llama evolución,
que es más dulce, mucho más,
como le ha pasado al robo
con la irregularidad.





PREDICAR EN DESIERTO



U novio, Magdalena, es un impío,
y hoy le has de despedir.
—Yo no podré dejarle, padre mío,
sin dejar de existir.

—

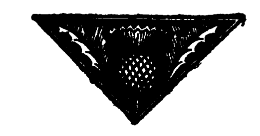
—No va á misa jamás. Conciencia impura,
no se postra ante Dios.
—Es cierto; mas yo en cambio, señor cura,
oigo, en vez de una, dos.

—

—Él se mofa de todo lo más santo,
lo mismo que un infiel.
—Será verdad; pero... ¡me quiere tanto!
¿Cómo vivir sin él?

—

—¿Sabes que no cree en Dios, desventurada?
—Hay quién lo dice así.
—Pues no creyendo en Él, no creerá en nada.
—¡Ay! eso no. ¡Cree en mí!





PREVISIÓN



EL primero amar á Dios
sobre todo lo existente:
¿Le amas mucho, penitente?
—Padre, tanto como vos.
—¿Alguna vez, en su agravio,
juraste por Dios quizás?
—No ha proferido jamás
un juramento mi labio.
—Perfectamente; adelante.
—Yo las fiestas santifico.
—(Pues, señor, es un buen chico
ó miente como un tunante.)
Pasa al cuarto y haz historia.
—A mis padres ¡oh dolor!
honrar no puedo, señor,
sino honrando su memoria.

—¿Murieron?
—Al darme vida,
la madre de mis entrañas.
—¿Y tu padre?
—En las montañas,
en la lucha fratricida.
Después de reñida acción,
cruel le hizo fusilar
un ministro del altar,
guerrillero de ocasión.
Y, en verdad, señor vicario,
que si yo con él me viera,
le matara... ¡aunque estuviera
al pie del confesonario!
Mas ¿qué tenéis, padre mío?
¿Os acometió algún mal;
que os habéis puesto mortal
y os estremecéis de frío?
—El asombro... la emoción...
(Se me anuda la garganta.)
—¿Sigo, padre?
—No, levanta
y toma la absolución.
—¡Sin acabar!
—Tu conciencia
penetro seguramente;
pero jura, penitente,
cumplir esta penitencia.

—Decid, y será cumplida.
—¿Por Dios me lo juras?
—¡Sí!
—¡Que no vuelvas por aquí
en el resto de tu vida!



á los ojos de Dios es un sarcasmo,
satánica impiedad,
mientras existan seres, nuestros prójimos,
sin ropas y sin pan.»

—

Al llegar el prelado á este pasaje,
volvióse hacia el altar,
y observé la profusa pedrería
de su capa pluvial.

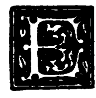
—

El rubí del anillo era un portento,
joya digna de un Czar,
y su macizo báculo de oro
valía mucho más.





TODO CAMBIA

L mancebo Saúl, que iba en persona
buscando unas pollinas extraviadas,
halló en vez de las burras la corona,
origen de las testas coronadas.

Siglos después y por diversas leyes,
trocados de las cosas los destinos,
muchas naciones que buscaban reyes
no han logrado encontrar más que pollinos.





¿EN QUÉ QUEDAMOS?



ERTIENDO llanto abundante,
solloza desesperado
el pescador más honrado
de la costa de Levante
y jura mientras solloza
morir antes que mirar
el embargo de su ajuar,
de sus redes y su choza.
Seis mil reales debe el pobre,
que reclama un usurero,
y él no tiene más dinero
que algunas piezas de cobre.
¡Qué noche de padecer!
Las doce acaban de dar
y el plazo para pagar
espira al amanecer.
No pudiendo resistir

su dolor el pescador,
en el colmo del dolor
siente el ansia de morir.
Y su suerte decidida,
¡menguada y terrible suerte!
corre al mar hacia la muerte,
cual antes tras de la vida.
Cerca ya de su destino,
nuestro pescador tropieza
y viene á dar de cabeza
en la mitad de un camino.
El tumbo, como iba ciego,
fué, en verdad, más que mediano;
pero, al estender la mano,
la posa sobre un talego,
que al golpe de ella delata
su precioso contenido
con el vibrante sonido
que es peculiar de la plata.
Se levanta sin tardar,
vuelve atrás el pescador
y vuelca el bolso al amor
de la lumbre del hogar.
Mil... dos mil... ¡Oh! ¡Seis mil reales!
¡Milagro de Dios seguro!
¡Milagro! ¡Duro por duro,
trescientos pesos cabales!
Con cristiana efervescencia

dirige al cielo sus ojos
y cae el infeliz de hinojos
exclamando: *¡Hay Providencia!*

II.

¡Oh, Dios! En el mismo instante
corría al mar desalado
el labrador más honrado
de la costa de Levante.
Quinto el hijo de su amor,
iba á la guerra á partir
sin poderle redimir
el honrado labrador...
¿Qué sacrificios no hará
para obtener el dinero?
Le hablaron de un usurero,
y al usurero se va.
La casa, el huerto, la yunta,
todo lo ha empeñado, todo,
y gracias que de este modo
los trescientos duros junta.
Esclavo será, de fijo,
á la larga ó á la corta
de aquel hombre; mas ¿qué importa
si no le arrancan su hijo?
Estando ya en los umbrales

de su casa el buen labriego,
ve que ha perdido el talego
en que echó los seis mil reales.
Su mula, en la oscuridad,
le derribó en un mal paso...
allí lo ha perdido... acaso
aún esté allí... ¡Qué ansiedad!
Y al sitio parte ligero,
hallando en él en seguida
las huellas de la caída...
¡pero no las del dinero!
Allí, con su duelo á solas,
clama á Dios, mas clama en vano.
Sólo escucha el son cercano
de las agitadas olas.
En su desesperación,
corre á la orilla anhelante,
huella la mole gigante
de fantástico peñón,
y con súbita violencia,
de Dios el triste dudando,
se arroja al mar exclamando:
¡Mentira, no hay Providencia!





EL ASPIRANTE Á VERDUGO

UANDO murió el verdugo hace seis meses
en el reino de Siam,
anunció la vacante á los siameses
su *Gaceta* oficial.

—

La plaza debe ser de las mejores
que ofrece el reino aquél,
pues hubo más de mil opositores,
algunos de alta prez.

—

Revistólos el rey, severo y grave,
y eligió al más feroz;
porque para verdugo, ya se sabe,
cuanto peor... mejor.

—

Dirigiéndose al rey un desairado,
el sólo de los mil
que aspiraba al empleo por honrado,
cuentan que dijo así:

—

—¡Oh señor! ¿Por qué causa me pospones
á ese vil criminal?
—¿Te debo cuenta yo de mis acciones?
contestó el rey de Siam.

—

Por lo demás, escucha, majadero:
si eres hombre de bien,
el cargo no te doy... porque no quiero
que lo dejes de ser.





EL LORO Y LA URRACA


A devota doña Inés
tuvo un loro, pico de oro.
¿Valdría dinero el loro
que hablaba español é inglés?
Sin ninguna ocupación,
doña Inés pasaba el día
rezando la letanía
con alguna otra oración.
  Y al loro, que era tan diestro
como arriba queda dicho,
le enseñó ¡raro capricho!
á rezar el *Padre nuestro*.
—Hola—pensó el animal,—
¿conque hay un Dios de alma pía
que da el pan de cada día
al dichoso racional?
  Y así discurriendo, piensa
que en vez de brotar del suelo

el trigo, cae desde el cielo
amasado á la despensa.
—Pues señor, á Dios imploro—
grita el loro con fervor.—
¡Concede, justo señor,
la libertad á este loro!

Y grita que se las pela,
esperando el muy simplón
que se abra de su prisión
la cerrada portezuela.
Mas viendo el tiempo pasar
sin muestras de que se abriese,
exclamó:—¿Qué Dios es ese
que no me quiere escuchar?

A juzgar por las señales,
pues me niega lo que pido,
Dios tan sólo presta oído
á los seres racionales.
—Calle el necio impertinente—
chilló una urraca ladrona.—
Irracional ó persona,
¿qué más da al Omnipotente?
Dios, sin distinguir de nombre,
escucha de modo igual
al hombre como á animal
y al animal como á hombre.





CONJUGACIÓN

E honor y mérito dama,
doña Aldonza de Camargo
no disfruta, sin embargo,
de muy lisonjera fama.

Según un su admirador,
persona digna de crédito,
es verdad que *tiene* mérito
y también que *tuvo* honor.





LA MÁS NEGRA

 temblar, fortalezas y ciudades!
Soy la antigua y tremenda catapulta.
Las murallas que al tiempo desafían,
con fragor á mis golpes se derrumban.

—

—Necia, ¿quieres callar? Yo soy la pólvora,
destructora feroz, aunque menuda.
Soy la muerte deshecha en negro polvo,
invención infernal, como fraíluna.

—

—Yo soy la dinamita, la sustancia
de explosión más terrible y más segura;
comprimida en los senos de los montes,
yo convierto las sierras en llanuras.

—

—¡Boca abajo las tres, porque yo sola
destruyo mucho más que las tres juntas!
Soy hija del despecho y de la envidia,
y si queréis mi nombre, la calumnia.



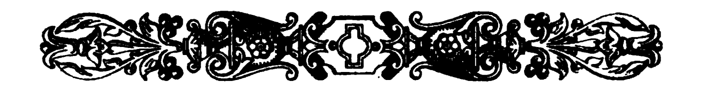


BODAS FECUNDAS


UNIDOS por el amor
una noche se casaron;
pobres los dos, se llamaron
Necesidad y Dolor.

Fué su consorcio fecundo,
como que de él han nacido
casi todos los que han sido
honor y asombro del mundo.





UN PARTIDO

N monstruo del pasado, el fanatismo,
á la ambición tomó por barragana;
los cobijó en su hueco una campana
y otro monstruo engendraron: el carlismo.
Reñirá con el Papa y con Dios mismo
por conservar la boina y la canana,
siendo el Atila de la grey cristiana
en nombre, según él, del cristianismo.
De condición cruel, terca y bravía,
no hay tigre más feroz ni más sangriento,
bajo apariencia religiosa y pía.
La augusta libertad es su tormento;
sus armas, la doblez y la artería,
y su cubil, la celda de un convento.



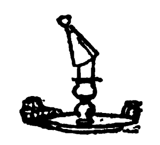


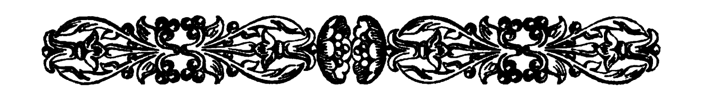
LOS DESCENDIENTES DE JUDAS

(FRAGMENTO.)

IRIÓME la luz del sol
cuando á la vida nací,
aunque muy lejos de aquí,
en territorio español.
En Cuba, perla sin par,
que de la bruma á través
arrancó el gran genovés
á los misterios del mar.
Hija de los esponsales
del Oceano con España,
mientras en la luz se baña
de las zonas tropicales,
sueña entre flores y plumas
con las playas españolas,
al arrullo de las olas
y al hervor de las espumas.

Mas ¡ay! en aquel edén,
y bajo cielo riénte,
para baldón de su gente
y de la hispana también,
negra esclavitud maldita
aun late desenfrenada
como una sierpe enroscada
al pie de la cruz bendita.
¿Por qué aun hay seres humanos
que siervos de humanos gimen?
¿Cómo consiente ese crimen
una nación de cristianos?
¿Por qué... Mas, pese á mis dudas,
cristianos siempre estoy viendo
á Jesucristo vendiendo
sin ahorcarse como Judas.





EX ABUNDANTIA CORDIS

NVUELTO en un batín de rica seda,
el opulento don...
(el nombre no hace al caso) lee tranquilo
El Diario Español.

—

Don... (no quiero nombrarle) es un banquero
formal como no hay dos,
muy obeso, muy grave, muy católico
y muy conservador.

—

Después de haber echado una ojeada
por la cotización,
saborea las tristes aventuras
de un ratero precoz.

—

Lee una noticia y la comenta luego...
Prestémosle atención,
pues tiene la costumbre, estando á solas,
de hablar en alta voz:

—

«El celoso inspector de vigilancia
don M. N. O.
detuvo esta mañana á un muchachuelo
aprendiz de ladrón.

—

»Se fugó el tal de casa de sus padres
sin decirles adiós,
y se vino á Madrid solo y descalzo...»
—*¡Caramba, como yo!*

—

«Tendría doce años, y un tendero,
movido á compasión,
le dió hospitalidad, abrigo y mesa.»
—*¡Si es mi historia, gran Dios!*

—

«El chico era una alhaja, todo un genio
detrás del mostrador;
diligente, sumiso, fiel y sobrio...»
—*¡Como yo, como yo!*

—

«Su honrado protector, hombre excelente
y de buen corazón,
concluyó por amarle como á un hijo.»
—*¡Como mi protector!*

—

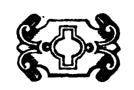
«Pero al volver anoche el buen tendero
de una breve excursión,
ni halló al joven en casa, ni en la casa
objeto de valor.

—

»El ladrón fué su propio protegido.
El criminal precoz,
cogido con su presa, está al presente
donde no le da el sol.»

—

—*¡Bah!*—concluye el banquero—*¡Botarate!*
¡Chiquillo más simplón!
A mí no me cogieron... ¡No son todos
tan listos como yo!





LA GUERRA

I.


OSA y Juan, tiernos esposos,
vivían en un cortijo,
ni envidiados ni envidiosos,
únicamente celosos
de las caricias de un hijo.

—

Libre de penas y daños
creció el fruto de su amor,
gozo de propios y extraños,
sin conocer el dolor
hasta cumplir veinte años.

—

Pasó el tiempo y llegó el día
en que la quinta ominosa,

como una nube sombría
vino á empañar la alegría
de aquel Juan y aquella Rosa.

—

En breve, mal de su grado,
vieron al mozo gentil
abandonar desolado
el azadón y el arado
para tomar el fusil.

—

Y al verle marchar en pos
de su destino á la guerra,
cayendo en tierra los dos,
de hinojos sobre la tierra
le encomendaron á Dios.

II.

Cesó el alegre cantar
á la puerta del cortijo
y á la luz crepuscular,
porque lejos de su hijo
no saben más que llorar.

—

Días y meses pasaban,
el soldado no escribía,
y en el pueblo les contaban
las acciones que se daban
y la gente que moría.

—

Cada vez con más tristeza
la sencilla labradora,
sin levantar la cabeza
de su labor, gime ó reza,
y aun en sueños reza ó llora.

—

El honrado labrador
disimula su pesar
por no aumentar el dolor
de la esposa de su amor,
que es el ángel de su hogar.

—

Sin proferir una queja
aunque le mata el quebranto,
sereno al alba se aleja
para regar con su llanto
el surco que abre la reja.

III.

Es de noche, el viento brama
en los huecos de los montes;
aquí se abate una rama
y allá, á lo lejos, inflama
el rayo los horizontes.

—

Los dos esposos, sentados
ante la lumbre que humea,
inmóviles y callados
sollozan atormentados
siempre por la misma idea.

—

¡Siempre el mismo pensamiento
en la mente de ambos fijo!
¿Qué será en aquel momento
del bizarro regimiento
á que pertenece su hijo?

—

Una vez les escribió
desde distantes regiones

el soldado que partió
y que al partir se llevó
de los dos los corazones.

—

En su carta les decía
que dispuesto á combatir,
de los dos se despedía.
Y pasó uno y otro día
y no les volvió á escribir.

IV.

El mastín, que gruñe alerta,
lanza de pronto un ladrido
y óyese un golpe á la puerta,
que en los esposos despierta
la esperanza que han perdido.

—

Abre Juan, y fatigados
penetran en el portal
dos infelices soldados,
ateridos y calados
por la lluvia torrencial.

—

Se acerca el que entró delante;
muestra á la luz el semblante;
le conocen... ¿cómo no,
si es el mismo, el hijo amante
que al ejército partió?

—

La madre, con frenesí,
loca de placer, sin calma,
dice, estrechándole, así:
—¿Por qué no abres para mí
tus brazos, hijo del alma?

—

¿Quién te ha de impedir ahora
echarme tan dulces lazos?
—¡Ay, madre del alma, llora!
¡Una granada traidora
me arrebató los dos brazos!





EL MÁS LOCO


IÓ un mendigo cierto día
en la graciosa manía
de imaginarse monarca
con plena soberanía
sobre una extensa comarca.

—

Feliz con esta ilusión,
estallaba de contento
en su nueva situación.
¡Era rey sin Parlamento
y hasta sin Constitución!

—

Pero un doctor singular
por su saber, que, en mal hora,
llegó del loco al lugar,

se dijo:—Yo he de curar
su locura encantadora.

—

Era el Galeno entendido
y lo cumplió: poco á poco
volvióle el seso perdido,
y el doctor quedó lucido,
pues quedó curado el loco.

—

Mas ¡ay! fué tal su aflicción
al volver de la ilusión
á la realidad impura,
que diera por la locura
los fueros de la razón.

—

Mirándose, al despertar,
en la miseria sumido,
rompió el menguado á llorar.
¡Otra vez escarnecido,
sin sustento y sin hogar!

—

Dirigiéndose al doctor,
que silencioso á su lado
contemplaba su dolor,

clamaba el desventurado:
—¡Volvedme loco, señor!—

—

Y en su extraño frenesí
mostraba un duelo tan vivo,
que alejándose de allí
el médico, pensativo,
cuentan que se dijo así:

—

—Yo he sido el loco, pardiez.
Feliz era en su demencia
soñando ventura y prez,
y yo lo lanzo otra vez
al erial de la indigencia.

—

Yo soy el loco, en verdad,
y ha sido una crueldad
tomar á empeño su cura,
que es á veces la locura
mejor que la realidad.



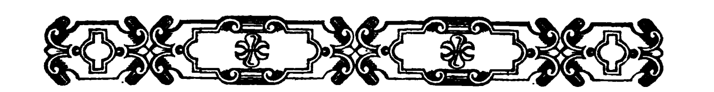


POBRE DIABLO

ICENTA se confesaba
con el Padre Fray Modesto,
y llorando se acusaba
de cierta infracción del sexto.

—Veo, dice el confesor,
que os tienta el diablo, Vicenta.—
¿Cómo el diablo? ¡No, señor!
¡Es un primo el que la tienta!





FRAILE Ó TORERO

EPÍSTOLA INMORAL.

I apreciable Julián: He recibido
tu Epístola-consulta hace un momento,
y voy á contestarla de corrido.

Me complace ante todo ese contento
que rebosa en tú carta, y me complace
que tu chico dé muestras de talento.

Eso es cosa que siempre satisface
al paternal amor, y se comprende
lo feliz, lo dichoso que te hace.

Pero, amigo del alma, me sorprende
que pidas un consejo á mi experiencia
preguntándome así: «¿Qué ruta emprende?



¡Gran cosa es ser torero en nuestra España!
No hay gloria que á la suya se aproxime,
y ningún esplendor el suyo empaña.

De gabelas é impuestos se le exime,
y de cualquier desliz que la ley pena
con un buen descabello se redime.

Pisa resuelto la menuda arena,
y en el palco, en la grada, en el tendido,
el aplauso al aplauso se encadena.

Brilla el oro ó la plata en su vestido,
y jugando la luz en sus caireles,
se mira el sol en ellos encendido.

¡Y mil bellas allí de los verjeles
de toda España, de matiz distinto,
envidia de azucenas y claveles!

La locura domina aquel recinto
cuando arroja la fiera por el suelo
al corcel que le deja en sangre tinto.

¿A quién es ese aplauso? Es á *Frascuelo*
que en un *quite* su vida compromete.
¡Aquí la bulla, el popular anhelo!

Ni el mismo que preside el Gabinete
eclipsa al matador en tal instante,
ni los sabios de Grecia, y eran siete.

El público se muestra delirante,
aunque ofendan sus gritos al decoro,
dejándose á la entrada lo galante.

¿Pica en regla un jinete? Pues sonoro
el aplauso resuena, y hay hermosas
que toman varas á la vez que el toro.

Piropos y miradas envidiosas...
¿Quién no se sale allí de sus casillas,
presenciando y oyendo tales cosas?

Hubo quien al clavar sus banderillas
(aunque éstas tal vez son lo que se llama
no ya murmuraciones, sino hablillas)

Clavó las dos, cuadrando; pero es fama,
que á la par que la fiera en el morrillo
las sintió en otra parte alguna dama.

Me dirás, con razón, que no es sencillo
matar toros del Duque, de Miura,
de Salas, de Barbero y del Saltillo.

Pero ¿no hay que emplear mayor bravura,
mayor agilidad, mayor destreza,
con ciertos editores de alma dura?

Cuando dicen que no con aspereza,
¿quién les arranca un sí, quién es el majo
que consigue arreglarles la cabeza?

Preferible es un toro, aunque marrajo,
de aquellos de intención ultramontana
que dicen cuando mugen: «¿á quién rajo?»

Volvamos al torero. Lo que gana
anualmente la inmensa mayoría,
él lo tiene de renta á la semana.

Los más altos le muestran simpatía,
y luce en el chaleco y la pechera
de Marzo ó Peñalver la joyería.

Á ver si hay en España otra carrera
que dé para estas gangas: no hay ninguna,
pues ni da para tanto una cartera.

Así, pues, buen Julián, si el chico aduna
la destreza al valor, hazle torero;
le va en que lo consiga, la fortuna.

Ahora bien; si es tranquilo, marrullero,
perezoso, egoísta, glotón, blando,
para fraile mejor le considero.

Vivir sin pena, y propiamente hablando,
pasar la vida á tragos, comer fuerte,
rezar á media voz de cuando en cuando,

Y tendido esperar que le despierte
el esquilón que llama al refectorio;
tal es del fraile la envidiada suerte.

Para él lo mejor, como es notorio,
de comer y beber, mientras aspira
al cielo, sin pasar el purgatorio.

Y en tanto que el obrero no respira,
sin dar paz á su cuerpo ni un segundo,
ocioso el fraile por los claustros gira;

Y cuando no, filósofo profundo,
se duerme en blando lecho dulcemente
pensando en las miserias de este mundo.

Si pudiera escribirse libremente,
¡qué de cosas de frailes te contara!
pero hay, hijo, un fiscal... ¡pluma, detente!

¿Decías que en conciencia contestara
tu consulta? Ya está; cumplí contigo,
no te llevo honorarios; di que es cara.

Ya sabes el consejo del amigo;
que no le eches á broma es lo que quiero
y que cumplas, siguiéndole, conmigo.

Ahora deja á tu chico placentero
correr de flor en flor, de baile en baile;
pero sea después fraile ó torero,
sí, querido Julián, torero ó fraile.

1880.





EL DOS DE MAYO


YES? Es el cañón, la voz del bronce
nos llama al Dos de Mayo;
sirve de apoyo, mi querido nieto,
al pobre octogenario.

—

Al campo de la santa independencia
condúceme del brazo
á rezar por las víctimas sublimes
del heroísmo patrio.

—

Y después de cumplido este primero
deber de buen cristiano,
á jurar odio eterno á los franceses,
sus asesinos... ¡Vamos!

—

—No habléis, abuelo, así—contesta un joven
que frisa en veinte años.—
Vamos al campo del honor, es justo,
mas sin rencor insano.

—

Honremos la memoria de los mártires,
sus sombras evocando,
y pidiendo á su tumba inspiraciones
de patriotismo santo.

—

Si queréis maldecir, que las palabras
espiren en los labios.
—¿Y ni una maldición?—Sea esta sola:
¡Malditos los tiranos!





HISTÓRICO

NDIGNADO Jesucristo,
echó del atrio del templo
á la turba desalmada
de merdaderes protervos,
que huyó cobarde esquivando
el látigo del Maestro...
¡Lo que son los mercaderes
cuando forman un empeño!
En lugar de echarse fuera
se refugiaron adentro,
y de allí ya no les sacan
ni el Hijo ni el Padre Eterno.





REMEDIO HEROICO

I.

RA Estrella una doncella
que honraba el nombre español,
y tanto admiró por bella,
que hubo quien propuso á Estrella
para el ascenso de Sol.

—

Reaccionario el poder,
negó el ascenso pedido,
siendo la causa, á mi ver,
el temor á una mujer
de tan inmenso partido.

—

En la calle, en el paseo,
donde Estrella aparecía

allí estaba el sexo feo,
y era aquello romería,
procesión y jubileo.

—

Un día de formación
produjo tales alarmas
y tan grande sensación,
que pasó la guarnición
la noche sobre las armas.

—

Entre miles de millares
de ardientes admiradores,
paisanos y militares,
sólo obtuvo sus favores
Juan Antonio de Olivares.

—

Favores sin trascendencia,
sin el menor menoscabo
del decoro y la decencia,
quedando los dos al cabo
en mutua correspondencia.

—

Olivares era un chico
de simpática figura,

ilustrado, noble y rico,
con una renta segura
de medio millón... y pico.

—

Y aquí fué lo singular;
el bueno de Juan Antonio
cayó en profundo pesar,
precisamente al tratar
del futuro matrimonio.

—

Dejó la casa de Estrella,
y en honda melancolía
dejó asimismo á la bella,
y aun al separarse de ella
juraba que la quería.

—

¡Misterios del corazón!
¿Se puede á la vez sentir
atracción y repulsión?
No abrigo la pretensión
de poderlo decidir.

II.

Tuve una entrevista á poco
con el loco de Olivares,
y si le tacho de loco,
en prueba de serlo invoco
la historia de sus pesares.

—

Nos vimos en el café,
y en el punto en que le ví
—¿Qué es de tí?—le pregunté,
y me respondió:—No sé
lo que ha pasado por mí.

—

Yo adoraba inmensamente
á aquel astro sin segundo,
y mi labio no te miente,
la amo cuanto humanamente
se puede amar en el mundo.

—

Pero á la par de este amor
siento en el alma un terror,
un miedo que no me explico.
—Vas á dar en loco, chico.
—No sé qué será mejor.

—

Llevo en el alma honda herida,
pues adoro á esa mujer...
¡y diera—exclamó en seguida—
las dos partes de mi vida
por dejarla de querer!

—

Busco en la ausencia el remedio,
parto de aquí decidido,
pongo distancias por medio,
pero no viene el olvido
y me consumo en el tedio.

—

Medito en algo terrible,
algo que me haga olvidar
este amor irreductible,
y no la olvido. ¡Imposible
que yo la pueda olvidar!

—

Al juego me dí, y en vano,
pues no logré en el garito
matar este amor insano;
pongo sin mirar, y gano
porque no lo necesito.—

—

Cesó aquel loco de hablarme,
nervioso se levantó,
llegando á preocuparme,
y de repente salió
sin pagar y sin mirarme.

III.

Al año de aquella escena
volví á hallarle una mañana
del mes de mayo serena,
hollando la muelle arena
de la Fuente Castellana.

—

Causóme gran sensación,
porque en su rostro, quizás
como en ninguna ocasión,
se reflejaba la más
completa satisfacción.

—

Tendióme al punto sus brazos,
y diciendo: ¡Aprieta, Enrique!
él tanto apretó sus lazos,
que por Dios que estuve á pique
de morir hecho pedazos.

—

Ni me dejó respirar,
ni le pude preguntar
la causa del cambio aquel;
se redujo mi papel
á mirarle y escuchar.

—

Charlando como un torrente,
—¡Mírame—dijo—á tu lado,
mejor dicho, frente á frente,
completamente curado;
¡pero qué completamente!

—

¿Te acuerdas, chico? Vivía
tre el miedo y el amor,
hoy sólo abrigo el temor
morirme de alegría,
mo entonces de dolor.

—

Ni en el juego, ni en la ausencia
llé el consuelo á mi mal,
hoy, en feliz existencia,
e inspira Estrella, cabal,
soluta indiferencia.

—

Mírame gordo y lucido
sar entre los mortales
ntento, sano y erguido.
allé al fin los manantiales
la fuente del olvido!

—

Ya mi mente no delira,
ues Estrella no me inspira
el sentimiento más leve.
arece, Enrique, mentira;
ro el fuego aquél ya es nieve!—

—

Contuve un punto su charla
y le dije:—¿Murió Estrella,
para que dejes de amarla?
¿Qué has hecho para olvidarla?
—Oye: ¡Casarme con ella!





EN EL REAL

UÉ extremada ostentación!
¡Lo más noble y más gentil
en graciosa reunión!...
¡Es un sueño de *Las mil*
y una noches el salón!

—

El sol mismo, en pleno día,
de tanto esplendor delante,
quizá palidecería.
La sala es una brillante
cascada de pedrería.

—

La vista jamás reposa;
vagando con ansiedad,
juzga ilusión engañosa

esa feria aparatosa
del lujo y la vanidad.

—

Contemplando en derredor
tanta cara placentera,
murmura un observador:
—«Dígase lo que se quiera,
vamos de bien á mejor.»

—

Falsa, mentida excelencia
la de ese inmenso derroche.
Sólo es dicha en apariencia.
¡Hay quien nubla su conciencia
para brillar una noche!

—

Allí hay muchos elegantes
al estilo de Verger,
el del cinto de diamantes,
diamantes que fueron antes
de amantes de su mujer.

—

Si hay quien luce profusión
de riquezas en un palco,
con sólo un sueldo ramplón,

ya veréis la solución
en el próximo desfalco.

—

¿Que afuera espectros oscuros
nos tienden sus manos flacas?
¿Cómo aliviar sus apuros,
cuando salen las butacas
por un puñado de duros?





AÑO NUEVO

ÑO que vas á nacer
tras unas horas no más,
¿quién sabe lo que serás,
quién ¡ay! lo que vas á hacer?

—

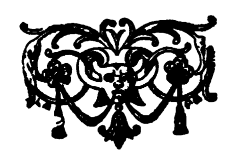
¡Bien vengas si vienes, año,
como un iris de bonanza!
Hoy eres una esperanza...
¡No acabes en desengaño!

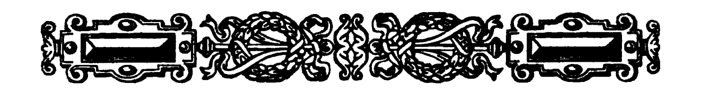
—

Pon tus esfuerzos á prueba,
remueve al mundo en su base;
tu programa está en la frase
«año nuevo, vida nueva.»

—

¡Qué vida vas á llevar
si cumples con tu deber!
¡Mucho tienes que barrer
y mucho que renovar!





NI POR ESAS

o lográis conmoverme, pecadoras,
las que alardes hacéis de arrepentidas;
yo, que sé que hay mujeres seductoras,
no creo en las mujeres seducidas.





RIPIO

ARRANZA es un canario
de nacimiento,
antiguo secretario
de ayuntamiento.
De noche y día
entretiene sus ocios
la poesía.

—

En más de setecientas
octavas reales
rindió una vez las cuentas
municipales,
con sólo un ripio...
¡que le costó mil duros
al Municipio!





DEMÓCRITO Á HERÁCLITO


E cuál será el porvenir?
(si se puede prejuzgar)
¿del libro que hace pensar
ó del que mueve á reír?

—

No recuerdo quién, mas uno
me aseguró que daría
toda la filosofía
por sólo un chiste oportuno.

—

Para mí no es un misterio,
sino palpable evidencia,
que no es digna la existencia
de que se la tome en serio.

¡Apenas hay sinsabores!
¡Apenas duelos y enojos!
¡Habrá mil haces de abrojos
por cada ramo de flores!

—

Luego debiera de ser
el oficio del autor
ir combatiendo el dolor
con las armas del placer.

—

Nuestro destino es gozar
una existencia bendita;
mas llorar, ¿quién necesita
que le haga nadie llorar?

—

Sin hojarasca ni brillo
surge el chiste en un instante
con el olor penetrante
del romero y del tomillo.

—

La risa en todos provoca,
si es de buena calidad,
y alegra á la sociedad,
corriendo de boca en boca.

Y en oportuna ocasión,
aunque os produzca extrañeza,
nada hay como una agudeza
contra una mala intención.

—

Muchos hombres que se vieron
sin méritos en la cumbre,
de toda una muchedumbre
el empuje resistieron;

—

Pero, con suerte fatal,
cayeron de ella sin fama,
por virtud de un epigrama
grabado en su pedestal.

—

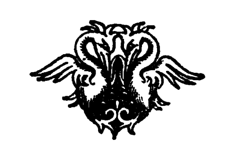
De la risa es el poder
incontrastable, invencible.
¿Qué otro ariete más terrible
que la risa de Voltaire?

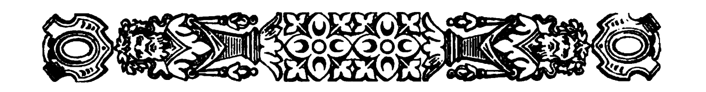
—

Su sonora carcajada,
conmoviendo á las naciones,
hirió las instituciones
de la centuria pasada.

Y aunque parezca increíble,
sucede en esta materia
que, como hay risa muy seria,
hay seriedad muy risible.

Así, Heráclito, á vivir
y á dejarse de llorar.
Será muy sabio pensar,
pero es más sano reír.





OTRA LEY DEL EMBUDO



UEBRÓ un bolsista y dejó
en la miseria á Vicente;
pasó un año y el agente
rehabilitarse logró.
Cómo el Código eludió,
francamente, no lo sé;
pero la verdad es que
ha vuelto á la Bolsa ya,
que en coche al Retiro va
y que Vicente va á pie.

—

Este, siguiendo su pista,
al verle bajar del coche,
le dió un palo la otra noche
y le llamó petardista.
Escurrió el bulto el bolsista
sin mostrarse amostazado;
mas ayer se ha querellado

en la forma conveniente,
y hoy mismo el pobre Vicente
compareció ante el juzgado.

—

No ha habido conciliación
en el juicio, ni la habrá,
y Vicente sufrirá
el destierro ó la prisión.
La conciencia y la razón
rechazan tan claro yerro;
pero la ley es de hierro
y su letra determina
que vaya aquél con su ruina
á la prisión ó al destierro.

—

¡Oh leyes tan decantadas!
Parecéis, en casos tales,
hechas por los criminales
contra las gentes honradas.
Si habéis de ser respetadas
y ha de haber días serenos,
sed más lógicas al menos;
escudo del bueno sed
y no la trampa y la red
del malo contra los buenos.





¡QUÉ HONOR!


UÉ orgulloso va el noble palatino!
No es para menos la gigante empresa
confiada á su tacto y su buen tino.
¡Como que va á llevar á su destino
una carta de un rey á una princesa!

—

¡Ahí es nada llevar en propia mano
una carta de amor de un soberano!
El asunto requiere diplomacia.
Si no se hace la boda, ¡qué desgracia
para el buen palatino y cortesano!

—

¡Cómo le envidia la grandeza toda!
¡Feliz embajador! Guardando el pliego,
en un rincón del coche se acomoda.

¿Por qué no habré nacido palaciego
para ajustar, como él, una real boda?

—

A ser yo portador del real billete,
honor egregio para mí remoto...
¿Mas qué ambición extraña me acomete?
¿Qué dice Echegaray?—*¡Ah, galeotto!*
¿Y Miguel de Cervantes?—*¡Ah, alcahuete!*





TORQUEMADA

OBRE cierta cuestión de Teología
archi-trascendental,
agitó la discordia cierto día
el reino celestial.

—

Iba envuelta á la vez en el asunto
la santa Inquisición;
pero no resultó ningún difunto.
¡Rarísima excepción!

—

Cuando quedó la paz asegurada
en el alto lugar,
quiso oír el Señor á Torquemada
y le mandó buscar.

—Decidle—dijo á un ángel—que se apreste
á venir ante mí.
—El encargado del padrón celeste
dice que no está aquí.

—

—Pues id al Purgatorio, donde mora,
puesto que aquí no está;
que le dejen salir por media hora
y que se venga acá.

—

—Con almas de allí vengo en este instante
y no está allí, Señor.
—¿Pero dónde se encuentra ese bergante?
¡Maldito inquisidor!

—

—Tal vez en el infierno, Padre Eterno...
—Mira, pudiera ser.
—Si queréis que le busque en el infierno,
mandadme á Lucifer.

—

—Ve de mi parte, sí, busca al maldito,
y dile á Satanás
que le envíe; que yo le necesito,
después le volverás.—

El ángel llega á la infernal morada
y cumple como fiel.
Oyéndole nombrar á Torquemada,
se echó á reír Luzbel.

—

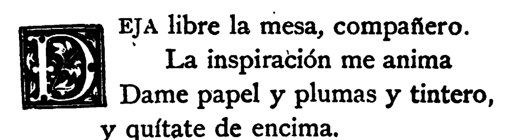
Y calándose altivo la corona,
el diablo respondió:
—Dí á Dios que no ha existido tal persona.
¡Torquemada era yo!





ESO

—



DEJA libre la mesa, compañero.
La inspiración me anima
Dame papel y plumas y tintero,
y quítate de encima.

—

Gracias. Siéntate allá, lejos, distante...
No tanto ya, no tanto.
¡Siento la intensa inspiración del Dante!
Voy á cantar. ¿Qué canto?

—

¿Quieres que cante al mar, de Dios espejo?
—Lo que te dé la gana.
Pero es ese un asunto ya muy viejo.
Se adelantó Quintana.

—¿Canto del sol el disco esplendoroso,
que en los espacios rueda,
gigante luminar, astro coloso?
—Ya lo cantó Espronceda.

—

—¿A la luna gentil que enamorada
sale al morir el día,
de estrellas y luceros coronada?...
—¡Nada de astronomía!

—

—¿Debo cantar al Cid?—Menos me place.
—¿A San...—Pero ¿á qué santo?
—¿A Cristobal Colón?—¿Qué falta le hace?
—Pues, entonces ¿qué canto?

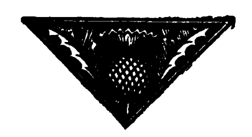
—

—¡Cómo! ¿No hay ya injusticias en la tierra,
ni despóticos yugos,
ni tiranos, ni crímenes, ni guerra,
cadalsos ni verdugos?

—

¿No hay nada ya que encienda en vuestro pecho
la indignación sagrada?
¿Empezó ya el reinado del derecho?
¿No queda que hacer nada?

—No me siento con fuerzas para tanto.
—Escribe en prosa lisa.
—¡Es que quiero cantar! Pero ¿qué canto?
—Espera: ¡canta misa!





EL AMOR Y EL TERMÓMETRO

ELISA, por vez primera
un dos de Enero te ví
al cruzarnos en la acera.
Me pareciste hechicera,
mas, sin embargo, seguí.

—

La escena se repitió
en Febrero, y á tu vista,
no sé lo que me pasó.
Aquel día troné yo
con una pobre modista.

—

Luego, en Marzo (ya se ve,
mi corazón no es de cuarzo)



una noche te encontré
junto á la tienda de Marzo
y de ti me enamoré.

—

Se echó Abril con flores mil
por esos campos de Dios,
y antes de mediar Abril,
yo rendido, tú gentil,
éramos novios los dos.

—

¡Ay! Cuando en el tibio mayo
me animaba tu sonrisa,
al sol, que en lento desmayo
lanzaba su último rayo...
Más vale callar, Felisa.

—

De Junio y Julio el calor
hizo que mi amor creciera,
y tanto subió mi amor,
que era mi pecho la hoguera
de un volcán devastador.

—

Ya de Agosto la templanza
en mí produjo su efecto;

ya sabes que no hablo en chanza:
quedó mi amante balanza
en equilibrio perfecto.

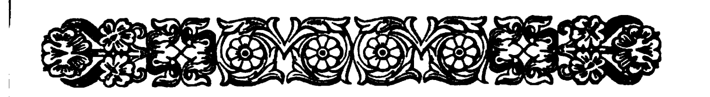
—

Algo se inclinó en Setiembre
hacia el desvío, ¡es verdad!
Pues ¿y en Octubre y Noviembre?
Al sorprendernos Diciembre,
¡qué insensible frialdad!

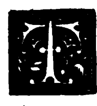
—

¡Ay! En el mundo traidor,
Felisa, yo te lo fío,
como el tiempo es el amor:
frío, tibieza, calor...
¡y vuelta otra vez al frío!





PROBLEMA

AL pervierten las guerras el sentido
moral de las naciones,
que hasta la misma alevosía obtiene
la sanción de los hombres.

Dos rivales que abrigan mutuos odios,
henchidos de rencores,
se buscan frente á frente, y cuerpo á cuerpo
se atacan en lid noble.

Nada dice la gente en este caso.
¡Dios al muerto perdone!
Al vivo hasta las leyes le perdonan,
se entiende, si no es pobre.

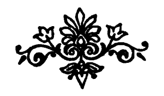
Mas si hay alguno que aprovecha artero
las sombras de la noche,
hiriendo á su rival desprevenido,
quizás inerme, entonces

Clamor universal surge iracundo,
y el pueblo todo, á voces,
condena la traición y da á la infamia
su verdadero nombre.

Pues, al más quijotesco, dadle el mando
de algunos batallones;
decidle que el ejército enemigo
se entrega al sueño, torpe,

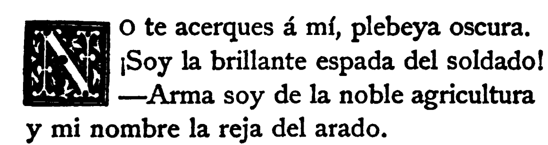
Y me dejo cortar las dos orejas
si no le hace gigote.
Lo que antes era infamia, en este caso
merecerá loores,

Y lo que fué traición será pericia,
y el vencedor un héroe.
Pero, vamos á ver: ¿es que hay dos honras?
Veremos quién responde.





LOS DOS HIERROS

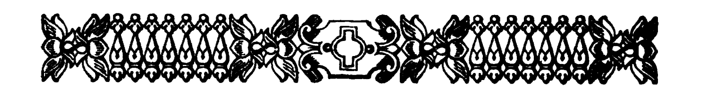


No te acerques á mí, plebeya oscura.
¡Soy la brillante espada del soldado!
—Arma soy de la noble agricultura
y mi nombre la reja del arado.

—

—Teñirme en roja sangre me divierte.
—Jamás en ella me miré teñida.
—Yo gozo con abrir surcos de muerte.
—Yo, al contrario que tú, surcos de vida.





TASACIÓN



SIN salir del Ministerio
ha llegado á general
don Cenón, un animal
que pasa por hombre serio.

—

Feliz y libre de apuros,
ningún trastorno le amaga,
cobrando al año una paga
lo menos de tres mil duros.

—

A todas las situaciones
hizo siempre acatamiento,
y á cada pronunciamiento
le crecían los galones.

—

En cuanto á seso, es de estuco;
pero es uno de esos entes

de los que dicen las gentes:
Don Fulano... ¡No es mal cuco!

—

El pobre Paco Dicenta
fué soldado distinguido,
catorce veces herido
y contuso más de treinta.

—

Cien veces patentizó
su heroicidad en el fuego;
quedó manco, cojo y ciego
y al fin se le licenció.

—

¿Se le indemnizó del daño
de no v[illegible]a más la luz?
Sí. [illegible]r, con una cruz
[illegible]s duritos al año.

—

¡Qué manera tan gentil
de tasar á los mortales!
¡¡Al héroe en sesenta reales
y al cuco en sesenta mil!!





UNO DE TANTOS


LARDEA de valiente
el señor don Valentín,
celebrado espadachín,
jactancioso impertinente.
  Retado por Pimentel,
herido en su pundonor,
salió al campo del ho[illegible]
y volvió á casa sin él.





PERCANCES DEL OFICIO

N medio de una plaza
se eleva una tribuna,
y un orador en ella
dirígese á las turbas,
como se llama al pueblo
por los de las alturas.

—

El popular tribuno,
con expresión augusta,
con muestras indudables
de convicción profunda,
del pueblo que le cerca
la aspiración formula.

—

¡Qué rasgos tan valientes,
qué indignación tan justa,

qué mágicos períodos
en que su voz retumba
con el fragor del trueno
mientras el rayo alumbra.

—

Electrizado el público,
agítase y ondula,
se apiña y se codea,
y oprímese y se estruja
con férvido entusiasmo
al pie de la tribuna.

—

Al terminar la arenga,
¡qué aplausos, qué locura!
El orador ofrece
al pueblo que le escucha
la sangre de sus venas,
su honor y su fortuna.

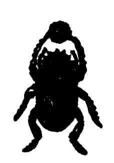
—

Temblaron los ministros
y la conciencia pública
también mostró su alarma,
presa de horribles dudas.
Aquel día el Consejo
duró tres horas justas.

Al mes de aquella arenga,
que no olvidaré nunca,
el popular tribuno
de inspiración robusta,
con rumbo á Filipinas
el istmo roto cruza.

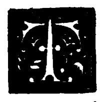
—

Tal fué de aquel Consejo
la solución sin duda.
¿Por cuánto le destierran?
¡Graciosa es la pregunta!
¡Si va con diez mil duros
de sueldo y manos sucias!





IDOLATRIA


IENE Anita, mi joven vecinita,
dos Vírgenes de talla diferentes,
vestidas y tocadas por Anita,
que es la nata y la flor de las creyentes.

—

De las dos es devota, lo confieso,
como cumple á cristiana tan completa;
pero por una de ellas pierde el seso,
y á la otra solamente la respeta.

—

La imagen por la joven preferida
descansa en el mejor reclinatorio,
teniéndola también mejor vestida
que á su otra compañera de oratorio.

—

Con un esmero singular tocada,
luce aquélla brillantes en la frente;
la segunda jamás estrena nada,
vestida de desecho eternamente.

—

¡Resabios de la vieja idolatría,
abundante en tan cómicos ejemplos,
de que dan testimonio todavía,
con muy rara excepción, gentes y templos!





AMOR DE ARTISTA

LEYENDA CONTEMPORÁNEA

AL INSIGNE PINTOR CASTO PLASENCIA

I.



ERENA luz cenital
El ancho estudio ilumina,
Estancia de peregrina
Magnificencia oriental.
Cuanto ambicionó el deseo
Del artista caprichoso
En bazar esplendoroso
Y en artístico museo.
Hermosas reproducciones
De afamadas esculturas,
Arabescos y molduras
De labrados artesones.

Allí góticos sitiales
En duro roble tallados,
Allí los vidrios pintados
De las viejas catedrales.
En cruz, sin que inspiren miedo,
Sobre fondos purpurinos,
Los alfanjes damasquinos
Y las hojas de Toledo.
El turbante musulmán
Entre el brillador almete
Y el bruñido capacete
de las fraguas de Milán.
Prodigios de orfebrería
Junto á platos y azulejos
De labores y reflejos
De moruna alfarería.
Pintoresca profusión
De barros y porcelanas
De las ruinas pompeyanas
Y los hornos del Japón.
Los mosaicos granadinos
Con el texto de Mahoma,
Y las ánforas de Roma
Y los vasos florentinos.
Tapices de gran valer
Y algún lienzo no acabado
Completan el decorado
Del espléndido taller.

Allí el genio de un pintor
De sublime fantasía
Halló el oro en la armonía
De la línea y el color;
Y allí, tras lucha febril
En artísticas jornadas,
Numera sus pinceladas
Por los luises de Goupil.
Casi un niño á la sazón,
En París llegó á asombrar,
Haciéndose proclamar
El primero del *Salón*.
Y que era, dijeron de él
Los críticos de valía,
Velázquez en la energía,
Y en la gracia, Rafael.

II.

—¡Levanta, dulce Gabriela!—
Grita el émulo de Apeles,
Arrojando los pinceles
Sobre cóncava rodela.
En diván de terciopelo,
De oriental manufactura,
Se destaca la figura
De Gabriela, su modelo.

En escorzo encantador,
Con la cabeza hacia atrás
Y más linda, mucho más
Que la madre del Amor.
Al simular el dormir,
De tal modo lo ha fingido,
Que, rendida, se ha dormido
Sin poderlo resistir.
Tendida sobre el diván
Ostenta sus mil encantos,
Y apesar de que son tantos
Todos á la vista están.
Sus vaporosos perfiles
Contempla el pintor, su dueño,
Mientras duerme con el sueño
De los diez y seis abriles.
Y del artista á la vista,
Soñando, en su desvarío,
Murmura un «¡Lorenzo mío!»
Que es el nombre del artista.
¿Quién es Gabriela? ¡Un misterio!
Quizás el fruto ignorado
De un amor no consagrado,
Ó quizá del adulterio.
Dos años van á cumplir
Desde que la halló el pintor
Con el hambre y el dolor
En intrépido reñir;

Nadie se la disputaba
Y á nadie pertenecía;
Gabriela desde aquel día
Fué de Lorenzo la esclava.
Con él, del arte al arrullo,
Salió de la infancia, hermosa,
Como botón de la rosa
Que se convierte en capullo.
Modelo y al par amante,
Con él vive sin enojos;
Sólo se nublan sus ojos
Si no le tiene delante.
Y aunque él pasa por infiel,
Se mira en ella extasiado
Como si hubiese brotado
Al golpe de su pincel.
Allí, lejos de las gentes,
En dicha sin fin, Lorenzo
La inmortaliza en el lienzo
De maneras diferentes.
Unas veces, por el traje,
Es serrana ó pescadora,
Ya odalisca, ya pastora,
Venus muchas y otras paje.
Por eso no es maravilla
Lo que cuentan de una dama,
Esposa, según la fama,
De un título de Castilla,

Que pasa la noche en vela
Pidiendo no sé qué cosa
A una imagen milagrosa
Con la cara de Gabriela.
Mas feliz con su pintor,
Esta vive sin afán,
Favorita de un sultán
Que no divide su amor.

III.

—¡Levanta, mi bella ondina!—
Vuelve á repetir aquél,
Trasformado en Rafael
Delante de Fornarina.
Trascurren leves instantes,
Y al no responder la bella,
Clavando Lorenzo en ella
Sus pupilas centelleantes,
Siente los recios latidos
Que de su seno en lo oculto
Lanzan, batallando, el culto
De la forma y los sentidos.
Anhela con loco afán
Fundir en una Lorenzo
La figura de su lienzo
Y la hermosa del diván.

Y de no, lograr de Dios
Que en dos divida su sér
Para no dejar de ver
A ninguna de las dos.
De pasiones tan bravías
Vencedor y dominante
Por fin exclama triunfante:
—Si son dos... ¡Las dos son mías!—
Del orgullo en el exceso,
Feliz el pintor se siente
Y despierta á la durmiente
Con el chasquido de un beso.
Incitante, sensual,
Se alza Gabriela de pie
En la actitud de Friné
Delante del tribunal,
Encendida, palpitante,
Y de espléndido contorno,
Muestra por único adorno
Su cabellera flotante,
Y sobre el cuello gentil
Yergue la hermosa cabeza
Con toda la gentileza
De la gracia juvenil.
Suspenso queda el pintor
Ante el humano portento,
Y ella, por un movimiento
De coquetismo ó pudor,

Tras una sonrisa franca
Que refleja su ventura,
Envuelve tanta hermosura
En una túnica blanca.
—Gocemos amantes fieles
(Febril exclama el artista),
La más preciada conquista
De mi genio y mis pinceles.
Que esa nueva creación
Nos una con nuevo lazo,
Porque si mío es el trazo,
Fué tuya la inspiración.
Mi numen hoy infecundo,
Aunque pese á mi renombre,
No acertaba á darle un nombre
Con que la designe el mundo.
Y tú, vida de mi vida,
Por venturoso contraste,
Durmiendo me le inspiraste
Y será *Venus dormida*.—
Y el bautismo de su tela
paga generosamente
Imprimiendo un beso ardiente
En los labios de Gabriela.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Vuelan raudos los instantes,
Se alza la opaca neblina
Y la sombra vespertina
Envuelve á los dos amantes,
Mientras el pintor de historia,
Los turbios ojos cerrando,
Feliz se duerme soñando
Con la gloria... ¡y en la gloria!



EPÍLOGO

¡Ni se ha hundido el firmamento,
ni han temblado las esferas!

ECHEGARAY.

(Conflicto entre dos deberes.)



ÍNDICE

Páginas.



CATALOGO

DE

LAS OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN ESTA CASA EDITORIAL.

NAVARRETE (José).—*María de los Ángeles*, segunda edición, con un plano de Rota.—Un tomo 8.º francés, 4 pesetas.

Idem.—*En los montes de la Mancha*.—Un tomo 8.º, 3,50 pesetas.

SENTIMIENTOS.—*Anuario Taurino de 1883*, ilustrado por *Liscano*, segunda edición.—Un tomo 8.º de 224 páginas y 48 grabados, 3 pesetas.

SEGOVIA Y ROCABERTI (Enrique).—*En la brecha*.—Poesías con un prólogo de Espronceda y un epílogo de Echegaray (D. José).—Un tomo 8.º de 208 páginas, encuadernado en tela á la inglesa, 3 pesetas.

MINGHETTI (Marco).—*Estado é Iglesia*.—Versión castellana de Ramón Valdeoliva, precedida de un prólogo de D. Vicente Romero Girón.—Un tomo en 4.º de 352 páginas, 5 pesetas.

Nota. Estas obras se remiten á provincias francas de porte, pero no certificadas, á quien lo solicite, acompañando su valor en sellos ó libranza.

PRÓXIMO Á PUBLICARSE.

NAVARRETE (José).—*Sonrisas y lágrimas*, con un prólogo de *D. Juan Valera*.

EN PRENSA.

NAVARRETE (José).—*La señora de Rodríguez*.

